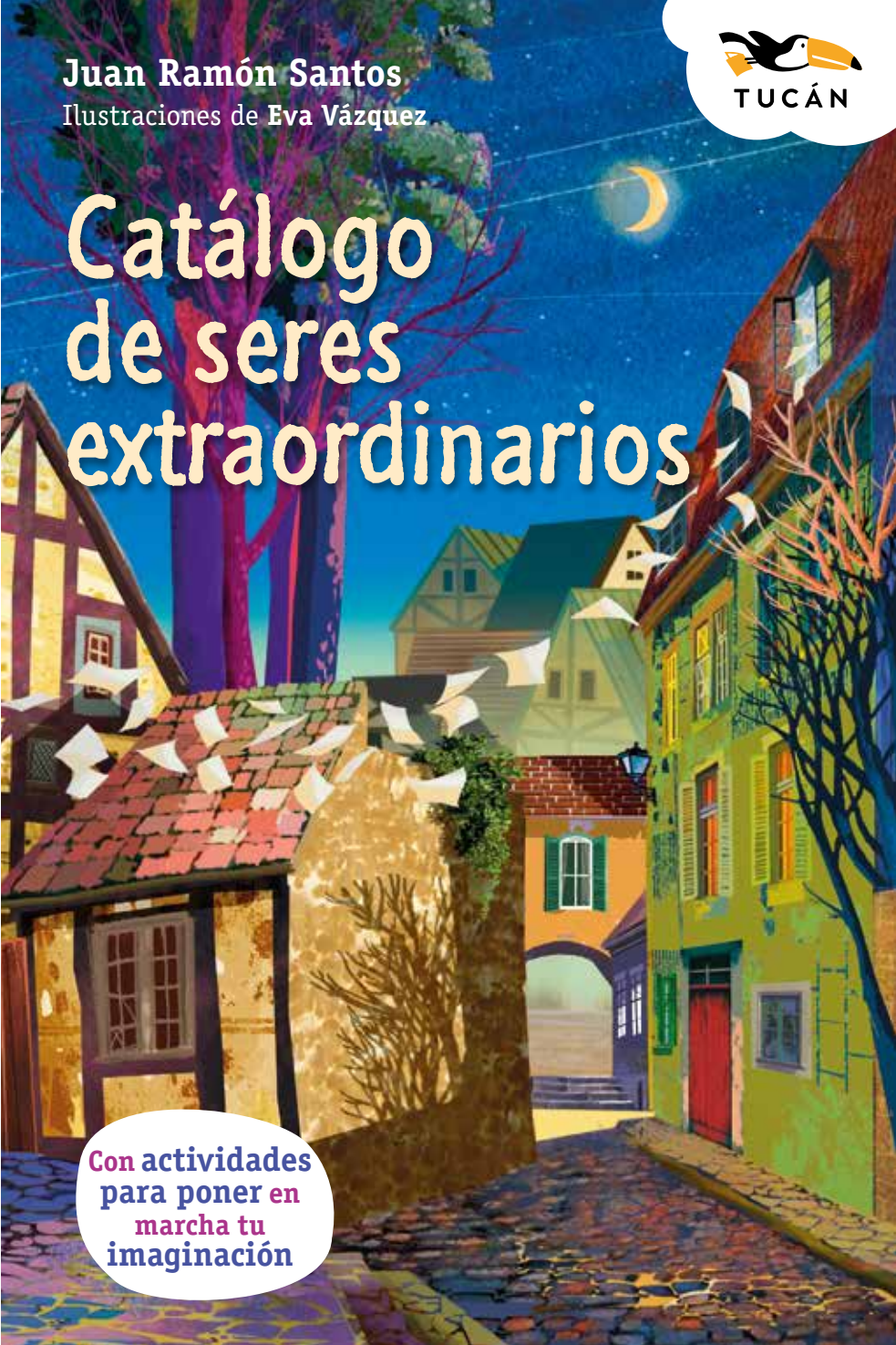




Juan Ramón Santos
Ilustraciones de Eva Vázquez



Catálogo de seres extraordinarios

Con actividades
para poner en
marcha tu
imaginación

Catálogo de seres extraordinarios

Juan Ramón Santos
Ilustraciones de **Eva Vázquez**

Catálogo de seres extraordinarios

edebé

Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

© Texto: Juan Ramón Santos, 2026

© Ilustraciones: Eva Vázquez, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.ª edición, enero 2026

ISBN: 978-84-683-7705-6

Depósito legal: B. 20816-2025

Impreso en España / Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Un ratón de biblioteca	7
2. Una risa inspiradora	13
3. La del alba sería	25
4. En El León Flautista	33
5. Las afinidades electivas.....	43
6. Al loro.....	53
7. En busca del tiempo perdido	63
8. Maese Tasten, el organista	71
9. Un día de perros.....	77
10. El martillo de Kleinburg	87
11. Una dama de altura.....	93
12. La ronda de noche.....	99
13. En el hogar de la naturaleza	105
14. La vida en verso	119
15. Rimando un plan a ocho manos.....	127
16. El regreso del joven Träumer	137
17. La piel del lobo	143
18. El final se demora	161

19. Las tribulaciones del joven Träumer...	167
20. Sonad, timbales, resonad, trompetas...	177
GLOSARIO	185

1

Un ratón de biblioteca

A Heinrich Träumer se le quedaba pequeña su ciudad. Había leído decenas de veces el relato de las expediciones científicas de Alexander von Humboldt y tenía la cabeza llena de vastos paisajes americanos, de selvas, de desiertos, de planicies interminables en las que la vista se perdía. Leyendo esas páginas se le inflamaba el pecho, pero se desinflaba enseguida, en cuanto, al asomarse a la ventana, descubría, con un interminable suspiro, que lo único que se veía desde allí era la casa de enfrente, que tampoco era demasiado bonita.

Y es que en Kleinburg el horizonte era la mar de estrecho. La ciudad era tan pequeña que, varias décadas atrás, se habían olvidado de incluirla en los mapas de la Baja Sajonia, y

aunque el burgomaestre de entonces, indignado, le había dirigido una airada protesta al Servicio de Cartografía del Reino de Hannover, el error no se había corregido hasta la siguiente edición, condenando durante varios años la localidad al olvido.

Por eso, porque el lugar le decepcionaba, en lugar de salir y enfrentarse a unas calles que le devolvían a casa aburrido al poco rato, Heinrich se encerraba en su biblioteca, donde leía, además del apasionante *Viaje a las regiones equinocciales* de su admirado Alexander von Humboldt, el *Diario de viaje a España* de su hermano Wilhelm von Humboldt, el *Viaje a Italia* de Goethe o los deliciosos versos del *Viaje de invierno* de Wilhelm Müller.

—«Como un extraño he venido, / como un extraño me voy» —musitaba leyendo por enésima vez esos poemas, soñando con la fría mañana en la que, tras cerrar la puerta de su casa, dejaría de una vez atrás Kleinburg.

Pero la cosa no era tan fácil como pueda parecer. Estaban, en primer lugar, los otros li-

bros, los de cuentas, que detestaba, pero que estaba condenado a revisar cada mañana durante horas si quería mantener las propiedades y rentas que había heredado de su padre y que le permitían vivir sin trabajar. Y además (y eso era lo verdaderamente difícil), necesitaba encontrar una razón para ese viaje. Porque no se trataba de echarse a los caminos por las buenas, a disfrutar del paisaje, de las flores, de los árboles, de los pajarillos. Algo así no merecía la pena ni tenía sentido. Su viaje debía tener un fin, y un fin, además, relacionado con la otra gran pasión de su vida: la ciencia.

Pues si las mañanas las pasaba con la nariz clavada en los viejos libros de cuentas y las tardes, viajando por el mundo a través de las páginas que poblaban su biblioteca, por la noche, en el laboratorio que tenía en la buhardilla, Heinrich se entregaba a ambiciosos experimentos científicos con los que aspiraba a convertirse en un Copérnico, en un Newton, en un Franklin. Tan pronto se lanzaba a examinar pequeñeces en su microscopio de bronce, empeñado en ave-

riguar de qué estaban hechas las cosas, como perdía su mirada, a través del telescopio, en lo más profundo del universo, preguntándose qué habría más allá, eso cuando no se dedicaba a destilar extrañas sustancias viendo burbujear líquidos en el matraz con el libro de química en la mano.

Soñaba con el día en que hiciese un gran descubrimiento, con dar su nombre a una estrella, a una planta, a un microbio, con verlo escrito para siempre en los libros de historia de la ciencia y acabar, tal vez, enseñando sus conocimientos como catedrático en la universidad de alguna ciudad importante.

El problema era el qué: qué investigar, qué analizar, en qué área de la ciencia concentrar sus esfuerzos. El problema, antes que ningún otro, era descubrir algo que realmente tuviese que ser descubierto, algo necesario para la humanidad. Para ello recorría una y otra vez la sección científica de su biblioteca, como si pudiese encontrar en ella un hueco, la pieza que faltaba en el noble edificio del conoci-

miento y que él estaba llamado a hallar para completarlo. Otras veces, en primavera, aprovechando que abrían las ventanas, se acercaba hasta la escuela y se asomaba a hurtadillas a escuchar las lecciones del maestro, por si de repente, mientras daba la lección a sus alumnos, se le escapaba algo que aún necesitásemos saber. E incluso otras, armándose de valor, se internaba en el bosque, en el llamado *hayedo de Konrad*, y observaba con atención extrema cada árbol, cada ave, cada animalillo, examinándolos, si se dejaban, con su lupa, pero al final se encontraba con que también allí todo parecía descubierto.

Sus esfuerzos acababan siendo siempre en vano, y Heinrich se desesperaba, pues la ciencia no parecía necesitarlo, y así no lograría jamás sus sueños, ni el de alcanzar un gran descubrimiento ni el de escapar algún día de las angostas calles de Kleinburg, donde ya se veía encerrado para siempre.

Lo que él nunca, jamás, hubiera podido suponer era que, después de devanarse tantísimo

los sesos, después de dar tantísimas vueltas a todo aquel asunto para nada, la solución a sus problemas fuese a venir de la mano (o, más bien, de la risa) de su criada Ilse.